

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Subscripción.

Un año..... 3,00 pesetas.
Número suelto..... 0,05
Idem atrasado..... 0,10

Advertencia importante.

Desde esta fecha el pago de suscripciones para los suscriptores de fuera de la ciudad puede hacerse en la Cerería de D. Elias Galán, calle del Comercio, número 62, quien también recibe suscripciones nuevas.

Efectos de las huelgas.

Uno de los resultados que las huelgas producen—y no el menos interesante—es el aumento en el precio de los artículos.

El fabricante que necesitaba mil obreros cuando trabajaban diez horas, no podrá menos de emplear mil doscientos cincuenta cuando sólo trabajen ocho horas.

El perjuicio de los capitalistas es evidente porque el socialismo aspira directamente a su ruina.

No son menos los daños que sufre la industria. Esta queda paralizada, porque es natural que los capitales, al verse atados, se retiran y escondan.

Sin capitales no se hubieran realizado nunca, ni se realizarían en adelante, los progresos de la industria y del comercio; las máquinas costosas, los ferrocarriles, el telégrafo, todas esas obras y otras cuyo solo ensayo no puede hacerse sin grandes dispendios.

El comercio se ve perjudicado porque cualquier huelga le impide adquirir existencias y altera rápidamente los precios en el mercado.

Por último, se perjudica la mayoría de la sociedad, que son los consumidores, quienes se ven precisados a pagar más caros todos los artículos de consumo, sin contar la inquietud que causan las reuniones de muchos trabajadores ociosos y dispuestos a seguir las sugestiones de los revolucionarios de profesión.

El socialismo y las huelgas, que son su consecuencia, es un gravísimo peligro público que todos los hombres honrados deben acudir a conjurar.

¿Qué medios pueden y deben emplearse para ello?
Estos perversos errores sólo pueden ser vencidos de un mismo modo: avivando en la sociedad el sentimiento religioso, favoreciendo al Catolicismo y desarrollando sus Instituciones.

No queda otro camino que la Religión. Que los Gobiernos protejan a la Iglesia, que la ayuden en su acción reparadora, y la sociedad será salvada.

Aquellos errores tienen por base el ateísmo: no pueden, por lo tanto, ser vencidos sino inculcando profundamente la idea de Dios y las consecuencias que de ella nacen. Esto sólo puede hacerlo provechosa y eficazmente la Iglesia.

La Iglesia es la madre de todos los que sufren, de todos los oprimidos, de todos los desheredados, y se coloca siempre de parte del débil y sabe protegerle contra las demasías del poderoso. Robustece todos los lazos que unen a los hombres y la fraternidad que predica no es quimera, como la que predicaban los errores que hemos impugnado.

INSTANTÁNEA

Al P. Bonifacio Sánchez.

El padre misionero subió al púlpito, un púlpito de granito toscamente tallado. Dirigió una mirada escrutadora y amorosa sobre la multitud que llenaba el amplio templo, y comenzó su plática, primero con voz meliflua y apagada, después en tono más elevado, con grandilocuencia, con arranques de sublime oratoria.

Aquella multitud, aquellas pobres gentes que escuchaban al misionero, tenían, salvo raras excepciones, menos cultura que honra. Más apego al trabajo y al terruño que fe religiosa. Iban a la misión sin entusiasmo, tal vez por pasar el rato, tal vez por orar su espíritu con una bocanada de ajena sabiduría. Y por eso empezaron a oír la plática con indiferencia, como quien tiene trazada de antemano una línea de conducta invariable, rutinaria, fija y no está dispuesto a dejarse convencer por nadie.

Las palabras del misionero, sencillas, evangélicas, persuasivas, fluían a raudales. Las ideas se destacaban cual los reflejos de un brillante colocado sobre aterciopelado estuche. Notábase, como en ideas y palabras había algo especial, sobrenatural, por eso, con perfecta facilidad, surgían bellísimos períodos, ora triunfales, ora místicos, ora dichos con profunda y fatídica entonación.

¡Qué triunfo el suyo! El humilde auditorio, compuesto casi en su totalidad de analfabetos, de hombres rudos, con las manos encallecidas, los rotos cortidos por el sol, no era ya un auditorio de indiferentes. Antes por el contrario, ota con respetuoso silencio y creciente interés el inspirado discurso; sentía el apresurado latir de los corazones trémulos de emoción; vislumbraba la negra, horrible sima, a donde conduce el pecado, y sentíase inclinada a seguir el hermoso sendero de la virtud y de la religiosidad. Muchas personas lloraban; otras, inmóviles, semiestasiadas, probaban con sus actitudes un extraordinario recogimiento.

Al terminar el orador, un ambiente de paz inundó el templo; una pléthora de sana alegría reflejóse en los rostros de los fieles. Y por ilusión sensorial parecía que el púlpito, en lugar de ser de granito toscamente tallado, era de finísimo oro, y que el misionero esparcía radiosa luz de irisados y tenues colores....

A. Figu.

Malito, muy malo.

—Estoy enfermo, Sr. Director, se lo puedo probar a Ud. con un certificado del Médico.

—¿Y quién es Ud.?

—¡Ah, Señor! Yo soy un ente muy metafísico y complejo.... mi yo....

—Bien, bien, dígame Ud. qué quiere y déjese Ud. de músicas.

—Quería la libertad hegemónica dentro del paralelismo igualitario.

—Lo siento mucho, pero tengo que hacer....

—Le prometo ser breve, responderé dentro de la fraternidad.... Para eso soy uno de los dioses del Olimpo....

—Pero, ¿quién eres tú, el de la barba poblada, el de los lentes de oro, el del cabello bien peinado? Tu fisonomía no me revela tu estado, ni tus manos me dan a conocer tu oficio, ni tu manera de discursar me enteró de tu profesión o carrera.

—Yo soy el amigo de los obreros.

—¿En qué taller trabajas?

—En ninguno.... Soy el amigo de los soldados.

—¿A qué batallón perteneces? ¿De qué cuerpo formas parte?

—De ninguno.... Soy el amigo de los agricultores.

—¿En qué lugar, aldea o pueblo labras la tierra?

—En ninguno.... Soy el amigo de los que sufren.

—¿A qué hospital vas a cuidar los enfermos; a qué buhardilla subes a enjugar las lágrimas de los que lloran; en qué cárcel penetras a prestar auxilio a los presos?

—A ninguna.... Yo soy el amigo del pueblo.

—¿Y qué haces en favor del pueblo?

—Publico periódicos que el pueblo compra, organizo banquetes que otros costean,

asisto a meetings, fundo clubs, pronuncio discursos. En otro tiempo excitó al levantamiento de barricadas y reclutaba a la gente que había de ir a morir defendiéndolas.

—¿Pero tú no ibas?

—Es que mi vida es muy preciosa: el pueblo necesita de ella, y no era cosa de que yo la expusiera. ¿No soy yo quien le enseña al pueblo sus derechos?

—¿Y qué derechos son esos?

—Que él es el amo, que debe derribar la autoridad, no creer en nada, destruir la propiedad, hacer que desaparezca la organización social existente y sustituirla por otra en que él será completamente feliz, porque yo, su amigo, el defensor de sus derechos, ocuparé el primer puesto. No tengo esposa ni hijos, apenas si conozco a mis padres y hermanos; no creo en nada; no tengo nada.

Por ahora el pueblo me mantiene a cambio de mis discursos ó de mis artículos de periódicos, y así lo paso bien. No me inquieto por nada; profeso la moral independiente, en virtud de la cual no me someto a ningún deber. Lo que deseo es ser poderoso y rico....

Ea, adiós; voy a depositar en la urna electoral de mi distrito la papeleta en que he inscrito mi nombre para diputado.

El anterior cuadro es de Luis Veillot, y representa admirablemente el tipo anticlerical que padecía la sociedad; la langosta humana que amenaza acabar con ella si no despierta de su letargo y se la sacude de encima.

Las procesiones.

Esta manera de dar culto a Dios, procediendo los hombres en formación por dentro ó fuera de los Templos, bien cantando himnos, bien recitando oraciones, ó bien en riguroso silencio, llevando algún simulacro ó algún signo de religioso culto externo, es tan antigua como la Religión.

Lo que es igual a decir que es tan antigua como la humanidad.

De ella se encuentran memorias en los libros más viejos, y a donde no alcanzan los libros, llegan los monumentos arqueológicos de la prehistoria, dándonos noticia de la existencia de las procesiones. De manera que, al adoptarlas la Religión cristiana, no hizo otra cosa que adoptar para su culto un signo exterior usado ya mucho antes de ella por los pueblos de distintas razas y de diversas civilizaciones, de la misma suerte que adoptó los templos, las imágenes, las genuflexiones y reverencias exteriores, como señales del reconocimiento interior de la excelencia de Dios y de su dominio supremo sobre el hombre.

Como la naturaleza de éste es la misma en todos los tiempos y en todos los espacios, le inclina a manifestar del mismo modo su sentimiento interior, ya sea en el orden religioso, ya en otro cualquiera.

Así, en todas partes y en todos tiempos, la risa ha sido y es—cuando no procede de alguna enfermedad—señal de contento y regocijo; como el llanto lo es, con la indicada condición, de tristeza y de pesadumbre y de dolor. Como que la naturaleza inclina al hombre a reír cuando está alegre; y a llorar cuando se encuentra triste. Así también la naturaleza inclina al hombre religioso, esto es, a todo hombre, a rendir culto a Dios, uniéndose con sus hermanos y procediendo, conforme a la fórmula litúrgica católica, que empieza por la invitación del diácono a los fieles, diciendo: *Procedamus in pace*.

Que las procesiones son de uso común en todos los pueblos antiguos y modernos, es facilísimo demostrarlo, y para ello bastarán algunas indicaciones.

Comenzando por el pueblo hebreo, antecesor del pueblo cristiano en el conocimiento del verdadero Dios y depositario de la antigua revelación, sabemos, que siempre que había de trasladarse el Arca de la Alianza de

un punto a otro, se hacía procesionalmente y con grandes festejos y señales de alegría por parte del pueblo. En una de aquellas procesiones bailó David, siendo tan poderoso rey como era, delante del Arca; por lo cual fué denostado por su mujer Micol, quien en castigo quedó privada de la fecundación, el mayor bien de una mujer casada en aquel pueblo.

Lo mismo hicieron, para honrar el Arca santa, los filisteos, cuyos sátrapas dieron el famoso decreto: *Circundatur Arca Dei Israel*, acompañándola el pueblo de una a otra ciudad; y eso que no sólo no creían ni adoraban al Dios de Israel, sino que eran por entonces los enemigos más temibles del pueblo hebreo.

Esa misma costumbre estaba admitida en los pueblos de Oriente. Y así Jeremías, en la carta que escribió a los cautivos de Babilonia, les decía: «Veréis en Babilonia dioses de oro, de plata, de madera, llevados en hombros.... no les temáis.» Y en efecto, entre los monumentos de la arqueología oriental se hallan muchas representaciones gráficas de procesiones asirias, babilónicas y persas, siendo notabilísima una esculpida en mármol en un bajorelieve del palacio de Korbabad, donde van varios ídolos asirios, de cuyos nombres haremos gracia a nuestros lectores, llevado cada uno por cuatro sacerdotes.

Abundan también entre los monumentos egipcios las representaciones procesionales, unas que se hacían por las calles de las ciudades y pueblos del Egipto, y otras que tenían al Nilo por campo de operaciones, llevando la *naos* sagrada bogando por el centro del río, mientras que multitud de barcas de varias dimensiones la escoltaban hasta el templo de donde aquella había salido. Puede verse una de estas procesiones perfectamente grabada en los muros del templo de Karnak.

En la India es tal el entusiasmo que despiertan las procesiones públicas, que muchos fanáticos se arrojan al paso de la carroza en que llevan la estatua de Brahma para ser aplastados por sus ruedas, como de hecho lo son, ó por las patas de los elefantes que para honor del dios concurren a la fiesta.

De las procesiones religiosas de los americanos, nos hablan con frecuencia los historiadores españoles del descubrimiento y conquista de América, entre ellos Solís, uno de nuestros más pulcros y tildados hablistas.

Justa en el África son frecuentísimas estas clases de cultos entre las tribus salvajes, principalmente en honor de las serpientes; según atestiguan los «Anales de las misiones católicas», pudiéndose ver algunos casos en el «Tratado del Espíritu Santo», escrito por Gaume.

Y no es menester decir nada de los antiguos pueblos de Europa, como los galos, los celtas y los germanos: los clásicos dan sobre el particular noticias hártro curiosas, que no es menester citar aquí.

Lo que se hace muy necesario, tratándose de procesiones, es llamar la atención del pueblo toledano sobre las muchas que aquí, entre nosotros, introdujo la piedad de nuestros padres, quienes se morirían de vergüenza y de rubor si vieran el modo cómo asisten a ellas sus hijos.

Siendo las procesiones actos del culto público, ó deben hacerse con aquella reverencia, orden, compostura y recogimiento que exigen los actos de este género, ó sería preferible suprimirlas; ya que de la manera como se hacen entre nosotros no resulta honor ninguno a la divinidad, sino más bien desdoro y vilipendio de la religión y de las cosas santas.

Solamente en tiempos de enorme decadencia puede sufrir la conciencia pública religiosa unas procesiones como la mayor parte de las que se celebran en Toledo. Tiempos de decadencia y de anemia religiosa eran aquellos en que Dios dijo al pueblo hebreo por boca de uno de sus profetas: «Arrojaré a vuestro rostro el estiércol de